

# El juego como recurso didáctico en el modelo de aprendizaje basado en la colaboración y el diálogo con niños en edad preescolar

Anayeli Hernández Benítez

CONAFE | México  
anayelih@conafe.nuevaescuela.mx

## Presentación

Mi nombre es Anayeli Hernández Benítez. Fui líder para la educación comunitaria del programa de preescolar en la localidad de Julián Villagrán, ubicada cerca de la ciudad de Tula de Allende, en el estado de Hidalgo. En esta comunidad donde fui asignada para prestar mi segundo año de servicio social habitan alrededor de 300 habitantes, con la fortuna de contar con la mayoría de los servicios públicos, además de una primaria del sistema general. El grupo que atendí durante el ciclo escolar 2017-2018 lo conformaron 14 alumnos y alumnas que irradiaban felicidad y grandes deseos de aprender. Siete eran niñas y siete niños. Dos alumnos de ese ciclo escolar acudían por primera vez a la educación formal; seis eran de cuatro años de edad y seis los más mayorcitos, que estaban a punto de culminar su educación preescolar.

Me tocó vivir en carne propia la implementación del modelo de Aprendizaje Basado en la Colaboración y el Diálogo (ABCD). Aunque al hablar de esta propuesta educativa desde la perspectiva discursiva y teórica se escucha sencillo, resultó para mí todo un reto, pues quienes hemos tenido la oportunidad de aplicarlo nos hemos dado cuenta que es en la práctica donde el modelo se debe adaptar a las condiciones reales del contexto áulico y las características de los alumnos. Es justo de lo que quiero hablar, con el deseo de compartir parte de mis vivencias, enfocada en la aplicación del modelo ABCD con niños y niñas de nivel básico, que considero es campo fértil para la innovación debido a que los estudiantes de esta edad aún no dominan la lectoescritura. Mi experiencia se refiere a la conformación de la comunidad de aprendizaje con niños/niñas pequeños a partir del uso del juego como recurso didáctico.

### **Maestra, ¿y cuándo vamos a jugar?**

Mis alumnos vivieron el modelo ABCD por primera vez con pequeños destellos de trabajo autónomo, pues casi todo el tiempo querían estar en contacto con los demás. Eran niños inquietos, juguetones, y necesitaban de mi total atención en el trabajo con los desafíos, pues tenían gran curiosidad por mirar qué hacía su compañero cercano y esto es algo que no pude prohibir, ya que forma parte de su desarrollo y abona a su autoaprendizaje.

Entrar y salir del aula constantemente por las y los que no quieren permanecer adentro formó parte de mi cotidianidad. Establecer un diálogo permanente, como lo plantea uno de los principios pedagógicos del modelo, fue todo un reto, pues la atención de los niños se desviaba con los incidentes inmediatos: escuchar la campana del basurero, el ruido de un camión y hasta el cantar del gallo les provocaba intereses diversos. Los dulces, las estrellitas adheribles y los premios no eran suficientes para mantener su atención en el estudio de la unidad de aprendizaje autónomo. En una ocasión una niña de mirada dulce se acercó a mí y me preguntó: maestra, ¿cuándo vamos a jugar? Fue entonces cuando decidí darle un giro a los desafíos que venían planteados en las unidades de aprendizaje y renació la idea de retomar el juego en el desarrollo de mis tutorías.

### **El juego como desafío en el estudio de las unidades de aprendizaje**

En el estudio de mis primeros temas como LEC de preescolar comprendí que el modelo ABCD no se vive de la misma manera con estudiantes de primaria o secundaria respecto de los niños y niñas más pequeños. Recuerdo cómo fue aquella primera tutoría que recibí por parte de mi capacitador tutor; las preguntas que invadían mi mente y desempolvaban aquellos saberes escondidos detrás de mi falta de práctica.

Comprendí que de lo que se trataba con este nuevo modelo era propiciar que los/as niños/as construyeran sus propios conocimientos sin que yo les diera la respuesta y que, además, debería respetar sus ritmos y sus modos de aprender. Como lección de vida entendí que con el modelo ABCD una no puede ofrecer algo que no tiene, esto es, no se puede ofrecer un tema si no lo domina.

Al notar el poco interés que tenían los niños pequeños por estudiar en el aula decidí transformar los desafíos en juegos y materiales didácticos y cambiar la idea de que es difícil aprender y permanecer atento cuando eres un estudiante de preescolar, tomando como principio que los niños aprenden más cuando les interesa lo que estudian. Es por ello que convertí el ciclo de la tutoría —que va desde la oferta del tema hasta la demostración pública de lo aprendido— en un paseo por experiencias inolvidables, donde todo era divertido.

## El ciclo de la tutoría con niñas y niños pequeños

Para hacer el recorrido junto con mis estudiantes por el maravilloso mundo del saber, para el ciclo de estudio de una unidad de aprendizaje primero ambienté mi aula, dependiendo de lo que se iba a trabajar.

Por ejemplo, en la unidad “Cuido mi salud y la de mi comunidad” convertí mi salón en un consultorio médico. Las mesas las transformé en camillas y las sillas fueron parte de la sala de espera; en las paredes pegué imágenes del cuerpo humano, como el esqueleto y los órganos internos. Había dulces en frascos y juguetes de doctor que hacía no mucho el ayuntamiento municipal había donado. Acondicioné una pequeña sala de recepción y yo me puse una bata blanca. En la entrada del salón coloqué un letrero donde se leía “Consultorio Quetzalcóatl”, en alusión al nombre de la escuela. La idea era vincular la comunidad con la escuela y que los niños y niñas pudieran manipular aquello que tal vez en un consultorio está prohibido, pero que les despierta curiosidad.

En mi papel como doctora y tutora, y los niños como pacientes y tuto- rados, no se dieron cuenta del momento en que los diagnosticué, ya que las preguntas se relacionaban con los juguetes que estaban en el aula, por ejemplo, “pláticame de las enfermedades que has tenido”, “por qué crees que te enfermas?”, “¿qué puedes hacer para no enfermarte?”, “las vacunas te ayudan para tu salud, ¿por qué crees que te ayudan?”.

Mi personaje permitió establecer un vínculo de confianza con mis alumnos, pues les divertía ver a su tutora disfrazada. Lo sorprendente fue que al fin conseguí su atención y comencé a entablar una conversación cara a cara con todos y cada uno/a. Vestida de doctora identifiqué sus sa- beres previos. Poco a poco, noté que estaban adquiriendo esa autonomía que tanto había esperado observar en mi ciclo de tutoría, pues tenían la iniciativa en las conversaciones y al realizar sus desafíos no requerían de mi presencia total, pues *ellos jugaban* mientras aprendían.

Descubrí que interactuar con los juguetes provoca en niños y niñas un diálogo placentero, natural y sin presión, por lo que en muchos casos no fue necesario hacerles preguntas. El diálogo se desencadenó en historias reales que comparten en cualquier momento, entre pares o pequeños gru- pos. Sus charlas me permitieron conocer su nivel de conocimientos, lo cual aproveché para situarlos dentro del trayecto formativo.

Para el estudio de esta unidad usé diamantina para que reflexionaran acerca de la propagación de los gérmenes y después fuimos identificando qué enfermedades se relacionan con la falta de higiene personal. Poste- riormente, cada alumno tenía una plantilla de una cartilla de vacunación animada, la cual se volvió un aditamento más del juego. En este punto de la tutoría mis estudiantes jugaban a vacunarse, compartían sobre las me- didas de higiene que conocían para prevenir enfermedades y acerca de la importancia de vacunarse y cuidar su salud.

Queda claro que mis desafíos son juegos intencionados, por ejemplo, les pido que se preparen para poder dar una plática (como lo hacen las enfermeras o enfermeros) acerca de cómo prevenir las enfermedades. Aunque se trata de jugar a ser enfermeros/as, toman su papel muy en serio: seleccionan qué información dar y qué juguetes utilizar para que su plática sea lo más clara posible. Deciden por sí mismos sus estrategias.

Para que tengan en claro qué decir a la hora de la presentación de sus trabajos, propicio que realicen un registro del proceso de aprendizaje (RPA). Como ellos aún no pueden escribir de manera convencional, elaboran pequeños garabatos o dibujos que entienden a la perfección. Yo les pregunto qué significa aquello que escriben y lo redacto.

Las demostraciones de lo aprendido son una verdadera fiesta. Los alumnos muestran sus productos orgullosamente y los padres de familia acuden al aula entusiasmados para ver a sus hijos disfrazados y constatar que cada vez son más claros en lo que desean compartir. Los niños comienzan a contar a sus padres lo abordado en la tutoría rescatando aquello que aprendieron: cómo lavarse las manos, por qué deben acudir al centro de salud y las partes que conocieron de su cuerpo, mientras muestran las evidencias en sus productos.

Vivir de esta manera el ciclo de la tutoría permitió que mis alumnos disfrutaran los desafíos fusionados con el juego. Fue un cambio drástico: de la dificultad que muchas veces les causaba entender los desafíos, al gozo y el placer que les causaba aprender jugando.

En el momento en que los niños tutoran adoptan el papel protagónico. Cuando representan un doctor o una doctora hacen pequeñas tutorías con sus compañeros/as y comienzan a cuestionarlos/as acerca de las partes de su cuerpo, o se refieren a “los enfermos” dependiendo de los síntomas que experimentan. Adoptan el personaje con todos los conocimientos necesarios, pues no se puede ser doctora o doctor sin conocer del tema.

Al realizar mi evaluación observé que el avance de mis alumnos había sido significativo para mí, pero sobre todo para ellos, pues lograron escalar un pequeño pero significativo conocimiento esperado que los dota de un granito de aprendizaje más en su vida. Con el desarrollo de juegos y el uso de material didáctico como desafíos me di cuenta de que, de esa manera, se desencadenan en los niños retos cognitivos, toda vez que los llevan a generar sus propias estrategias, e incluso se promueve el diálogo y el trabajo cara a cara de manera natural y fluida.

A la hora de reflexionar y escribir su proceso de aprendizaje los alumnos/alumnas se dieron cuenta de que jugando también aprenden. Con los desafíos desde la modalidad del juego asumen roles de manera autónoma, establecen sus propias reglas, desarrollan su imaginación y participan de manera colaborativa. Con el juego una niña o un niño puede ser él mismo y, lo mejor, es el momento en que su autonomía se ve mejor reflejada, pues

sucede cuando ellos mismos establecen los roles de lo que dominan sin mi intervención.

Los juegos como recursos didácticos, que parten de la experiencia que narro, satisfacen los aprendizajes esperados vertidos en los trayectos formativos. A la hora de jugar cuido que se vayan logrando.

Puedo decir, orgullosamente, que el modelo impacta en cada uno de mis estudiantes, pues la timidez y el miedo de hablar frente a los demás; frases como “es que no puedo”, “yo no sé cómo hacerlo” quedaron atrás y se abrió paso a esa personalidad extrovertida y natural de las niñas y los niños, así como a un grupo participativo, atento y exigente con su tutora. Dejé de correr detrás de ellos pidiendo que entraran al salón porque ahora disfrutaban de las tutorías, porque les gustaba aprender jugando y dialogando.

Acerqué a los padres de familia para presenciar la demostración pública de lo aprendido y más adelante para conformar con ellos nuestra comunidad de aprendizaje. Las tutorías con los padres de familia me ayudaron a que se acercaran a la comunidad escolar, a conocer el modelo ABCD y una nueva forma de aprender. Fue una manera de acercarlos también a la institución y, por supuesto, a sus hijos e hijas.

## **Aprendizajes**

La tutoría me ha dejado muchos aprendizajes de vida y nuevas técnicas de estudio para mi desarrollo profesional. Es una pedagogía con la que se forja la autonomía de cada estudiante, pues ahora me atrevo a decir que también yo he adquirido interés por aprender y compartir con los demás lo que aprendí.

Aprender con autonomía ayuda a que los alumnos afronten la vida con sus virtudes y desafíos; y, sobre todo, a darse cuenta que son ellos los actores de su propio destino, al plantear sus propias estrategias en busca de su felicidad.

También aprendí que con el modelo ABCD se aprende disfrutando; nuestros alumnos llegan al aula todos los días con ganas de aprender y nunca dejan de jugar. Por ello considero que el juego y los materiales concretos deben aparecer en los procesos de relación tutora como recursos didácticos. Al fusionarse el reto intelectual con el juego, ambos se disfrutan.

Además, aprendí que “aprender a aprender” es mejor que sólo empaquetarnos de información; que más vale aprender aunque sea poco y bien aprovechado, a mucho, pero todo olvidado.